

TRANSTERRADOS Y EXILIADOS: PEDRO GARFIAS Y LEÓN FELIPE

Alberto Reig Tapia

Universitat Rovira i Virgili

Resumen

Se analiza el drama del exilio español republicano tras la Guerra Civil tomando como ejemplos representativos y ejemplificantes a dos destacadas figuras del destierro y la poesía españolas: Pedro Garfias y León Felipe, dos de los más grandes poetas de su generación y, sin embargo, poco frecuentes en las antologías escolares más al uso en los planes de estudio de bachillerato en España. Se enfatiza su consideración de “transterrados” más que exiliados, concepto ideado por el filósofo español José Gaos, también exiliado en México, y de general aceptación por ambos poetas, que querían así poner en valor que también se sentían mejicanos por la generosidad mostrada por su tierra de acogida. Se repasan particularmente a través de sus versos más representativos todo el dolor y sentimiento de pérdida de ambos escritores y, por extensión, de la figura del exiliado.

Palabras clave

Exiliado forzoso, desplazado, transterrado, compromiso, memoria, olvido, reconocimiento, retorno.

Abstract

This article analyses the drama of Spanish Republican exile after the Civil War through the notable figures of Pedro Garfias and León Felipe, who were two of the greatest Spanish poets of their generation, despite rarely being found on Spanish secondary school curriculums today. Particular emphasis is placed on the fact that they considered themselves to be “transterrados” (displaced) rather than exiled, thus employing a concept developed by the Spanish philosopher, José Gaos, also exiled in Mexico. In making this distinction, both poets who wanted to highlight that they

also felt themselves to be Mexican because of the generosity of the country which took them in. Through their most representative verses, the article analyses the pain, suffering and loss felt by both writers and, by extension, the figure of the exile himself.

Keywords

Forced exile, displaced person, uprooted person, commitment, memory, oblivion, recognition, return.

El mundo se entreabre a mi camino;
dicen que el mundo es grande...
Pero había tantos mundos todavía
que descubrir entre tus besos. Madre.

PEDRO GARFIAS

Por esta puerta salí yo...
Todos los poetas del Destierro...
Y todos los españoles del Éxodo y del Llanto.

LEÓN FELIPE

En contra de lo que pudiera pensarse, es aún muy poco lo que sabemos sobre los exilios contemporáneos pues, pese a la bibliografía ya existente, es tal la dimensión del dolor producido a causa de estos desplazamientos forzados de población que aún sigue siendo un mundo por descubrir. El pasado siglo xx fue en este sentido verdaderamente devastador, incluso aceptando su propia cortedad en contraposición a su precedente, el xix, que habría durado más de lo debido de acuerdo con Eric Hobsbawm, el gran historiador británico ya desaparecido.¹

Los conflictos, revueltas, guerras, revoluciones, contrarrevoluciones, dictaduras, persecuciones, represiones, migraciones y exilios de todo tipo que lo asolaron han dejado una huella indeleble en la memoria histórica de la Humanidad. Fueron muchos los seres humanos que hubieron de abrir las puertas del exilio y aún se ven constreñidos a seguir haciéndolo. En este sentido, las historias de vida tienen un interés máximo, pues nos aportan una visión mucho más personal, íntima y verdadera que la que podría aportar el historiador profesional y mejor intencionado.

¹ HOBBSAWM, Eric, *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Michael Joseph, Londres, 1994.

1. Introducción

Es muy difícil situarse en el alma y en el corazón de un exiliado forzoso si no hemos padecido su mismo infortunio. El desgarró y el dolor que produce el desarraigo involuntario, la violencia de verse expulsado de su propio país, arrancado de sus más íntimas y profundas raíces sentimentales y culturales, ha producido una abundante literatura que, inevitablemente y sin la menor duda, busca la empatía y solidaridad del lector, que no puede sino conmoverse ante tanta penuria padecida.

Pedro Garfías y León Felipe pasan por ser dos de los más grandes poetas de la literatura del exilio republicano español tras la Guerra Civil. Y, ¿por qué no decirlo estando convencido de ello?, a nosotros nos resultan especialmente queridos y admirados y no podemos sino asumir plenamente el comentario del profesor José Luis Abellán:

Quizás pocos poetas como Garfías —con la excepción probablemente de León Felipe— representen simbólicamente lo que fue “la España del éxodo y del llanto”.²

Gracias a estos dos inconmensurables poetas pude sentir desde muy joven, pese a no tener en mi familia implicaciones directas con los aspectos más dramáticos de la Guerra Civil, ese dolor del exilio tan suyo y peculiar que hice inmediatamente mío; diría que es ya un patrimonio cultural y sentimental irrenunciable, pese a que por razones evidentes de edad no viví ni siquiera los últimos coletazos de la posguerra ni he sido nunca un exiliado. Quiero decir que no hube de padecer las últimas salpicaduras de la miseria y el hambre, de la represión y el miedo de los perdedores, del abandono del propio país por parte de tantos seres anónimos que igualmente lo fueron aunque no dejaran testimonio de ello... Solo hube de sufrir un asfixiante secuestro interior, intelectual y político que, necesariamente, tuvimos que padecer los jóvenes antifranquistas de mi generación. Esa educación política y sentimental la incorporamos a nuestras señas de identidad con una especial querencia que ya habrá de acompañarnos hasta el final del camino.

Los versos de Garfías que abren estas páginas, “Cruzando la frontera”, son probablemente los primeros que compuso nada más pasar a Francia y hablan por sí mismos sobre el dolor de la pérdida por todo lo que se ama y

2 ABELLÁN, José Luis, Prólogo a MORENO GÓMEZ, Francisco, *Pedro Garfías, poeta del exilio español en México*, “Las dos orillas”, 6, Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2002, p. 2.

aún no hemos llegado a conocer bien de nuestra propia patria. Los de León Felipe expresan muy concisamente la clave de bóveda de mi reflexión y de su poesía: derrota, humillación, expulsión, huida, dolor, llanto..., llanto de no tener ya lágrimas... Ambos poetas comparten ciertas concomitancias biográficas y sus respectivas trayectorias vitales resultan apasionantes, lo que potencia aún más su poesía entreverada de lágrimas, gritos, proclamas, blasfemias, susurros, plegarias... Los ejemplos que podrían traerse a colación al respecto requerirían un espacio del que no disponemos.

¿Fueron Pedro Garfias y León Felipe unos exiliados más entre tantos otros? ¿Qué sería lo que les distinguiría e identificaría de los demás? ¿Qué quiere expresarse con el término *transterrado*?

2. Transterrados y exiliados

Transterrados y *exiliados* pudieran parecer dos términos distintos para referirse a una misma situación, la pérdida de la propia patria por razones fundamentalmente políticas. Sin embargo, no quieren decir exactamente lo mismo, no transmiten la misma idea de alejamiento forzoso que, sin embargo, parece común a ambos conceptos. La carga de violencia implícita que conlleva la condición de exiliado, que nos remite inevitablemente a expulsado, parece difuminarse ante la más liviana de *transterrado*. Un exiliado es aquel que abandona forzado y anímicamente violentado su patria y la siente desde la lejanía como difícilmente recuperable o definitivamente perdida; sin embargo, un *transterrado* sería aquel que, pese a verse trasladado lejos de su tierra e instalado en otra distinta, hace suya la de acogida, la siente y la vive como propia, hasta el punto de que olvida pronto su condición de extranjero y quiere incorporarse al “nosotros” integrador frente al “vosotros” excluyente, lo que, en definitiva, fija el sentido de pertenencia o exclusión mucho más que cualquier otro de índole geopolítica o ideológica. Un *transterrado* vendría a ser en realidad un trasplantado. Alguien que, en definitiva, sigue disponiendo de un nutriente que lo mantiene vivo.

La profesora Inmaculada Cordero, refiriéndose a los refugiados españoles en México tras la Guerra Civil, ha puesto de relieve una evidente paradoja a la que tuvieron que enfrentarse los republicanos:

A su llegada, encontraron que las circunstancias políticas favorecían su integración y que las históricas la dificultaban.³

Pero, más allá de la inabarcable bibliografía existente sobre el exilio republicano, nos topamos con algo que con frecuencia se olvida: las historias de vida, de dolor y llanto, de todos los exilios, que tienen cara, nombre y apellidos, como bien sabe nuestra colega Rocío Arnal Lorenzo, verdadera experta en la materia que nos acompaña en estas páginas. Dicha bibliografía excede en mucho la documentación disponible al efecto para los limitados propósitos que abordamos en este texto: tratar de reflejar a través de dos grandes poetas, como Pedro Garfías y León Felipe, ese doble sentimiento tan contradictorio como complementario, el dolor y el sentimiento de pérdida, de sentirse exiliado español y al mismo tiempo transterrado mexicano.

Desde España se ha hecho más hincapié en los estudios políticos de la diáspora republicana, mientras que desde la perspectiva mexicana se ha incidido más en los culturales y puramente testimoniales.⁴

Las circunstancias políticas mexicanas les resultaron favorables a los españoles exiliados por varias razones. En primer lugar, porque desembarcan en un país que habla su propio idioma, lo que facilita extraordinariamente la conexión cultural, emocional y sentimental sobre la que cada uno construye su propia visión del mundo. En segundo lugar, porque en México había triunfado la revolución que en España había fracasado.

Las reformas impulsadas y soñadas por los republicanos españoles y abortadas a sangre y fuego tras la rebelión militar y la Guerra Civil se estaban consolidando en México gracias a la decidida política de su presidente, Lázaro Cárdenas. Este siempre impulsó la educación y la investigación y apoyó decididamente a la República española, a la que vendió armas, acogiendo tras la derrota a numerosos refugiados españoles, muchos de ellos maestros, profesores de enseñanza secundaria y catedráticos de universidad, profesionales de la enseñanza y la difusión cultural cualificados, que pudieron acomodarse y ganarse la vida dentro de las estructuras educativas y culturales de México. Pero la decisión del presidente no fue

3 CORDERO OLIVERO, Inmaculada, *Los transterrados y España: Un exilio sin fin*, Publicaciones de la Universidad de Huelva, Huelva, 1997, p. 22.

4 Véanse al respecto el estudio de FAGEN, Patricia, *Transterrados y ciudadanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975; y el de HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, Ascensión, *España desde México, vida y testimonio de los transterrados*, UNAM, México, 1978.

únicamente por razones humanitarias o de simple empatía y afinidad política con la II República española, sino que, como él mismo expresó con claridad:

No se trata solamente, en el presente caso, del problema concreto español, sino de la necesidad que México tiene de dejar sentado en forma pública un precedente contrario a toda intromisión indebida de los países fuertes en la existencia de las naciones débiles.⁵

Pocos países respondieron a las demandas de auxilio que se hacían desde Francia para acoger a los republicanos españoles que abandonaban el país tras la derrota y para eludir las duras represalias que los vencedores aplicaban inmisericordemente a los vencidos. Solo cuatro países (la URSS, México, Chile y la República Dominicana) lo hicieron y México se convirtió en el segundo receptor tras Francia en dar albergue a alrededor de 20.000 republicanos. No fue una decisión fácil, pues México se hallaba dividido entre quienes apoyaban la postura del presidente y quienes se oponían a ella. El Gobierno argumentó que no solo era un acto de solidaridad con perseguidos políticos, sino que también el propio país saldría beneficiado.⁶

Como bien sintetiza Inmaculada Cordero:

En contraposición al desterrado, el español refugiado en México se va a sentir transterrado o conterrado. No es un ser expulsado de su universo mental y físico, sino trasladado a otra tierra físicamente distinta pero que forma parte del mismo universo mental. Para el refugiado, la conciencia de pertenecer a un país, no la da el haber nacido en una tierra concreta sino el poseer una determinada visión del mundo, determinados valores que marcan su pasado y su futuro. España y México comparten esa visión: son, pues, una sola patria. El desterrado no se puede sentir como tal en México.⁷

El término *transterrado* o *empatriado* lo acuñó el filósofo español José Gaos. Se trata de un acertado neologismo que sirve bien para definir los sentimientos de los refugiados españoles al encontrarse a su arribada a

5 Carta del 11 de septiembre de 1937 del presidente Lázaro Cárdenas a Isidro Fabela, representante de México ante la Sociedad de Naciones, cit. en VV. AA., *El exilio español en la ciudad de México. Legado cultural* (edición gráfica y coordinación de Abraham San Pedro), Gobierno de la Ciudad de México, Turner, Madrid/México D.F., 2011, p. 52.

6 *Ibidem*, p. 64.

7 CORDERO, *op. cit.*, p. 32.

México con una continuidad lingüística y cultural que no les era ajena y que incluso la sentían como propia; rápidamente pudieron acomodarse a ella, así como desarrollarla y potenciarla, ampliando la propia visión que traían de España.

Así, México se constituyó en una extensión o prolongación de la propia patria o, por decirlo al modo norteamericano, en una especie de *Manifest destiny*, de “destino manifiesto”, pero solamente a nivel espiritual y cultural, sin las connotaciones expansionistas y providencialistas que le otorgaron al término sus primeros teóricos como John L. O’Sullivan.⁸

El término *empatriado* sería aún más potente y expresivo al entenderse por tal a alguien que no ha dejado su patria por otra extranjera que le resulta completamente ajena, sino que el traslado de una parte de la propia patria a otra que, sin embargo, siente como suya excluye el sentimiento de expulsado y lo convierte más bien en un acogido, en un simple transterrado que se funde en dos patrias. Es, pues, como un desdoblamiento del sentimiento patriótico al pasar a poseer una patria de origen, la propia, y una patria de destino, la nueva.

Como señala Gaos, se produjo una fusión entre españoles y mexicanos que les hizo a estos extraer sus propias esencias hispánicas, que tenían como soterradas bajo la fuerte personalidad del pueblo mexicano, mientras que los españoles descubrieron en los mexicanos lo que ellos mismos tenían de tales, produciéndose como una especie de nuevo descubrimiento de América, pero totalmente alejado de la idea originaria de conquista y mucho más cercano a la idea moderna de encuentro.

Fue un acercamiento mutuo que surgió espontáneamente desde las dos partes para producir un sugestivo proceso de fusión cultural que les hizo a unos y otros sentirse españoles y americanos. Todo ello permitió conciliar la reivindicación de los valores españoles y la fidelidad a ellos con la adhesión a los americanos.⁹

El mismo José Gaos nos recuerda cómo fue acuñado el tan expresivo neologismo de *transterrado*. Ocurrió en una comida de confraternización

8 Véase al respecto JOHANNSEN, Robert W., “The Meaning of Manifest Destiny”, en Sam W. HAYES y Christopher MORRIS (eds.), *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, Texas A&M University Press, College Station, Texas, 1997; y, sobre O’Sullivan, SAMPSON, Robert D., *John L. O’Sullivan and His Times*, Kent State University Press, Kent, Ohio, 2003.

9 Véase GAOS, José, “Los transterrados españoles de la filosofía en México”, *Filosofía y Letras*, núm. 36, octubre-diciembre, México, 1949, pp. 207-231.

que los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional ofrecieron a sus colegas españoles que acababan de incorporarse como docentes a esa misma institución. Le pidieron a Gaos unas palabras y queriendo expresar este que él, en México, no se sentía como un desterrado, según él mismo ha relatado..., “se me vino a las mientes y a la voz la palabra *trasterrado*, que sin duda quedó ajustada a la idea que había querido expresar con sinceridad”.¹⁰

El neologismo resultó afortunado y se expandió rápidamente su uso común por toda Latinoamérica, pero muy especialmente en México, donde fue acogido con una extraordinaria simpatía y cordialidad, pues no hacía sino expresar un sentimiento muy fuerte y sincero de los españoles en relación con México que iba mucho más allá de compartir un mismo idioma.

3. Dos poetas para la eternidad

¿Cómo se alcanza la inmortalidad literaria? ¿Haciendo siempre poesía de circunstancias o pretendiendo hacer poesía pura por completo desvinculada del ser y sentir más cotidiano y profundo del pueblo que la alimenta?

Hoy en día hablar de compromiso político suena más bien a broma habida cuenta del manifiesto autismo colectivo en que parecen hallarse sumidos la mayor parte de nuestros intelectuales de primera fila, con la excepción de algún que otro escritor de los que pudiéramos considerar más consagrados, pese a las sobradas razones que nos ofrece la cruda realidad del mundo actual y particularmente de nuestro país, siempre pródigo en argumentos para no dejar de lanzar voces a los cuatro vientos. Se habla constantemente de la muerte de los intelectuales y entre los más comprometidos no suele ser frecuente, además, toparse con poetas.¹¹

Quizás podríamos plantearnos ahora las mismas preguntas que Rafael Alberti se hizo en 1953 en su célebre “Balada para los poetas andaluces de hoy”, que popularizó en el despuntar de la transición el grupo musical Aguaviva (1975).

10 GAOS, José, “Confesiones de Trasterrado”, *Universidad de México*, núm. 521, junio, México, 1994, pp. 3-9.

11 Por ejemplo, en los recientes movimientos de protesta surgidos en España a raíz de la crisis como el 15-M, salvo José Luis Sampedro a nivel estatal o Arcadi Oliveres en Cataluña, no han sido muchos los intelectuales destacados que se han comprometido clara y abiertamente con tales movimientos sociales.

¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?
¿Qué miran los poetas andaluces de ahora?
¿Qué sienten los poetas andaluces de ahora?

Cantan con voz de hombre, ¿pero dónde los hombres?
con ojos de hombre miran, ¿pero dónde los hombres?
con pecho de hombre sienten, ¿pero dónde los hombres?

Cantan, y cuando cantan parece que están solos.
Miran, y cuando miran parece que están solos.
Sienten, y cuando sienten parece que están solos.

¿Es que ya Andalucía se ha quedado sin nadie?
¿Es que acaso en los montes andaluces ya no hay nadie?
¿Qué en los mares y campos andaluces no hay nadie?

¿No habrá ya quien responda a la voz del poeta?
¿Quien mire al corazón sin muros del poeta?
¿Tantas cosas han muerto que no hay más que el poeta?

Cantad alto. Oiréis que oyen otros oídos.
Mirad alto. Veréis que miran otros ojos.
Latid alto. Sabréis que palpita otra sangre.

No es más hondo el poeta en su oscuro subsuelo
encerrado. Su canto asciende a lo más profundo
cuando, abierto en el aire, ya es de todos los hombres.¹²

Sin embargo, en la convulsionada España de la década de 1930, ante el golpe militar del 18 de julio de 1936 se produjo una movilización general dentro de la cual destacó una verdadera pléyade de poetas. No solo el citado Rafael Alberti, sino también Antonio Machado, Miguel Hernández, Pedro Garfias, León Felipe y tantos otros a los que no tenemos ni tiempo de mencionar siquiera aquí se convirtieron en poetas del pueblo, fueron los verdaderos poetas del pueblo, y como tales actuaron cual nuevos juglares por la patria, el pan y la justicia... de la de verdad, sin falsas retóricas fascistizantes, pues fue a la nación toda a la que se puso en almoneda en aquel aciago verano de 1936.

Hay una abundante literatura del destierro, del exilio..., dado que a lo largo de la historia esta se ha manifestado pródiga en generar sufrimiento y un inenarrable dolor, como expresará mejor que nadie León Felipe:

12 ALBERTI, Rafael, *Baladas y canciones del Paraná*, Losada, Buenos Aires, 1954.

Oh, este dolor,
este dolor de no tener ya lágrimas,
este dolor de no tener ya llanto
para regar el polvo.
¡Oh, este llanto de España,
Que ya no es más que arruga y sequedad...

Un llanto seco de polvo y arcilla, el polvo de una casta perdida ya en la historia para siempre..., un polvo amarillo y maldito que nos trajo el rencor y el orgullo de siglos y siglos y siglos... Dice León Felipe:

Nadie tiene aquí lágrimas.
¿Y para qué hemos de vivir nosotros
si no tenemos lágrimas?
¿Y para qué hemos de llorar ya más
si nuestro llanto no aglutina
ni en los clanes rojos
ni en las harcas blancas?
En esta tierra
el llanto no aglutina;
ni el llanto ni la sangre.
¿Y para qué sirve la sangre derramada
si no junta los labios de la casta?¹³

La derrota, la huida, la puerta del destierro que se abre sombría e inmensa hacia un futuro impredecible..., denuncia el poeta:

Por allí salimos...
Por allí salí yo...
Por allí salieron los españoles del Éxodo y del Llanto.
Entonces Franco dijo:
“He limpiado la nación...
He arrojado de la Patria la carroña y la cizaña”¹⁴

Un dolor producto de las derrotas de unos y las victorias de otros, de las exaltaciones de los vencedores y las deportaciones y desplazamientos

13 FELIPE, León, *Antología rota* (epílogo por Guillermo de Torre), Losada, Buenos Aires, 1957, pp. 59-61, y en *Obras Completas* (edición ordenada por Adolfo Ballano Bueno y cuidada por Andrés Ramón Vázquez, prólogo de Guillermo de Torre), Losada, Buenos Aires, 1963, pp. 143-145.

14 FELIPE, León, *ibidem*, p. 167.

forzosos de los perdedores. Todo ello ha producido una obra literaria verdaderamente sobrecogedora y tan auténtica como valiosa.¹⁵

Pedro Garfias y León Felipe no callaron precisamente. Cantaron, vaya si cantaron, y lo hicieron a voz en cuello o en sordina. Hicieron de todo menos quedarse mudos, como el propio León Felipe, que hizo enmudecer al mismísimo general superlativo:

Franco, tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante
por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡mudo!
y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Efectivamente, el poeta se llevaba el salmo con él para preservarlo y custodiarlo adecuadamente, y remachaba: “Cuando los arzobispos bendicen el puñal y la pólvora y pactan con el sapo iscarote y ladrón... ¿para qué quieren el salmo?”¹⁶ El salmo, la voz y la palabra son siempre del poeta, nunca del mercenario que vende su patria por una buena cantidad de dinero en el extranjero puesta a su nombre, como hizo Franco por cuenta del banquero pirata Juan March.¹⁷

15 Véase el excelente estudio de MORENO GÓMEZ, Francisco, “Literatura, ficción o realidad”, Seminario Humanístico de Zafra, núm. 24. Conferencia impartida en Zafra el 17 de mayo de 2002, pp. 13-21.

16 FELIPE, León, *Antología rota*, pp. 161-162. Esta poética imprecación a Franco no consta en *Ganarás la luz* (1943), donde se sustituye el nombre del dictador por “soldado”, desposeyendo así al poema de su originaria fuerza dramática pues, por lo general, los soldados carecen de hacienda, casa, caballo y pistola, que es lo que correspondería más bien a jefes y oficiales del ejército (en, *O.C.*, pp. 193-194). León Felipe volvía de continuo sobre su poesía e introducía correcciones o modificaciones de los versos citados, pues en *Español del éxodo y del llanto* (1939) no se omite el apellido del generalísimo destinatario y así consta también en otra parte de sus *Obras Completas*: “Sin el poeta no podrá existir España. Que lo oigan las harcas victoriosas, que lo oiga Franco: Tuya es la hacienda...”, etc., p. 120.

17 Sobre tan controvertido personaje, véanse: GARRIGA, Ramón, *Juan March y su tiempo*, Planeta, Barcelona, 1976; DÍAZ NOSTY, Bernardo, *La irresistible ascensión de Juan March. Notas previas para una investigación biográfica*, Sedmay, Madrid, 1977; FERRER GUASP, Pere,

A su vez, Pedro Garfias, en un poemario considerado como uno de los mejores libros que se hayan escrito nunca sobre el destierro español en la sabia opinión de Dámaso Alonso, decía:

AHORA

Ahora sí que voy a llorar sobre esta gran roca sentado
la cabeza en la bruma y los pies en el agua
y el cigarrillo apagado entre los dedos...

Ahora voy a llorar por los que han muerto sin saber por qué
cuyos porqués resuenan todavía
en la tirante bóveda impasible...

Sobre esta roca verdinegra
agua y agua a mi alrededor
ahora sí que voy a llorar a gusto.¹⁸

En la aldea inglesa de Eaton Hastings en la que Garfias fue acogido con otros pocos compañeros tras la derrota republicana dio rienda suelta a su dolor escribiendo 22 hermosos poemas entre abril y mayo de 1939, poemas por la patria abandonada, versos a la añoranza por la madre secuestrada... a raíz de haber perdido a su propio país, como él mismo señalaba:

aunque el temblor sonoro se extienda a las estrellas
y perturbe un momento su formación tranquila
mientras duerme Inglaterra, yo he de seguir gritando
mi llanto de becerro que ha perdido a su madre¹⁹

La primavera rápida se esquivo,
se rompe en mil pedazos
el aire de veloz cristalería
y cubre el sol sus desnudos miembros
como una virgen tímida.
Yo quedo sobre un monte de tinieblas
aullando al horizonte de mi vida.²⁰

Los inicios de un imperio financiero, 1900-1924, Ediciones Cort, Palma de Mallorca, 2001, y *Juan March. El hombre más misterioso del mundo*, Ediciones B, Barcelona, 2008. El mejor estudio es el de CABRERA, Mercedes, *Juan March (1880-1962)*, Marcial Pons, Madrid, 2011.

18 GARFIAS, Pedro, "Intermedio: llanto sobre una isla", de *Primavera en Eaton Hastings*, en *Poesías Completas* (edición de Francisco Moreno Gómez), Alpuerto, Madrid, 1996, pp. 337.

19 *Ibidem*, p. 342.

20 *Ibidem*, p. 345.

Ese llanto, esa pérdida, se manifiestan las más de las veces a voces, gritando y aullando como expresión máxima de ese dolor que producen las pérdidas irreparables. En ese sentido, es muy ilustrativa la reflexión que se hace León Felipe al justificar el elevado tono con que se manifiesta todo español argumentando que no le ha quedado más remedio que hacerlo así previamente por tres veces en la historia.

La primera fue cuando gritamos: “¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!”. Había que desgañitarse para que lo oyeran los que se habían quedado en la otra orilla, pues se abría ante ellos un nuevo continente al que, ante el naufragio de Europa, pudo agarrarse la esperanza del hombre libre.

La segunda fue cuando salió por el mundo grotescamente vestido el estrafalario caballero de la triste figura, el fantasma de La Mancha, gritando “¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!”. También había motivos para hacerlo bien alto.

Y la tercera fue en la colina de Madrid en 1936. El mismo León Felipe reconoce haber estado en el coro junto con muchos más y tener aún la laringe parda por la ronquera. Fue el grito que dieron los españoles entonces para prevenir a la majada, para soliviantar a los cabreros, para despertar al mundo. “¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!”. Cuando vieron que los habían dejado solos, gritaron hasta desgañitarse: “¡No pasarán!”. Y, para vergüenza del mundo libre, pasaron.

Tanto el que gritó “¡Tierra!” como el que gritó “¡Justicia!” o “¡Eh! ¡Que viene el lobo!” es el mismo español de siempre. Como León Felipe, que siempre supo hacerse oír:

Nadie le oyó. Nadie. Los viejos rabadanes del mundo que escriben la historia a su capricho, cerraron todos los postigos, se hicieron los sordos, se taparon los oídos con cemento y todavía ahora no hacen más que preguntar como los pedantes: ¿pero por qué habla tan alto el español?

Sin embargo, el español no habla alto. Ya lo he dicho. Lo volveré a repetir: el español habla desde el nivel exacto del hombre, y el que piense que habla demasiado alto es porque escucha desde el fondo de un pozo.²¹

Gritos e imprecaciones, pues, de pura lógica, de irrenunciable ansia de justicia y libertad. Gritos capaces de transformarse en estremecedora sordina como los versos que Garfías compuso cuando abandonaba su patria camino del exilio tras la derrota de la II República española a manos del

21 FELIPE, León, “Pero, ¿por qué habla tan alto el español?”, en *Obras Completas*, pp. 191-192.

fascismo nacional e internacional. Pedro Garfias zarpó a bordo del *Sinaia* rumbo a Veracruz, México, buque que partió del puerto francés de Sète el 25 de mayo de 1939 y en el que viajaron 1.800 refugiados españoles y cuyo trayecto, marcado por poemas de grandes poetas españoles, utiliza como logo el Ateneo Republicano en México. Cada vez que el buque costea la tierra española hacia sonar su sirena para que subieran a cubierta sus viajeros y pudieran ver pedazos de la tierra que dejaban tras de sí. Al pasar por el estrecho de Gibraltar, concededores de que esa era quizás la última vez en sus vidas que tendrían ocasión para ello, lo hicieron con una emoción colectiva difícil de contener.

Pedro Garfias fue tomando notas a lo largo de la travesía y fue componiendo, a ráfagas de viento y fognazos de suprema inspiración, unos versos que constituyen el que quizás sea uno de los poemas más hermosos que se hayan escrito nunca en lengua castellana sobre la ausencia y la que-rencia por la patria perdida. Lo compuso sumido en la zozobra y angustia de sentir la forzada lejanía de su país, quizás para siempre, y la esperanza y la fe depositadas en la nueva tierra de acogida.

Finalmente, el 10 de junio, a tres días del desembarco en Veracruz, cuando aún se encontraban en pleno Caribe, recitó en la cubierta del *Sinaia* un poema cuyo impacto repudia la menor posibilidad de olvido y queda ya para siempre inscrito en las letras de oro de nuestra mejor literatura. Esos estremecedores versos que elevan la literatura y la poesía a cotas difícilmente superables los tituló “Entre España y México”, y son bien conocidos por españoles y mexicanos cultos, quizás más aún por los españoles de Latinoamérica que por los latinoamericanos de España. Por ejemplo, el poema se encuentra bien expuesto en un gran cuadro que cuelga de las paredes del Colegio Madrid de México D.F.

Así, pueden verlo y aprendérselo bien todos sus colegas y, desde luego, es muy apreciado por los especialistas en la materia. Sin embargo, en España, en las antologías poéticas dedicadas a la generación del 27 o a la del 36 e incluso en las generales sobre la poesía española de todos los tiempos, raramente, por no decir nunca, aparece algún poema de los dos poetas mencionados, como si su obra fuera menor y ni siquiera mereciera una referencia en cualquier antología por considerar que, siendo una poesía firmemente comprometida con el pueblo y su destino en uno de los momentos más dramáticos que le ha tocado vivir a Europa y al mundo, nada útil puede ya transmitir a las nuevas generaciones españolas y latinoamericanas de ahora mismo en un mundo en el que todo se compra,

todo se vende, todo es pura mercancía, como apuntara el mismo León Felipe. Nada sirve para nada si no cotiza mínimamente en el mercado, la subasta o la almoneda. Y menos que nada la poesía del éxodo y del llanto.

Este poema es capaz por sí mismo de convulsionar cualquier espíritu sensible ante el hondo drama que toda guerra civil y sus impredecibles consecuencias provocan. Es un poema que, aparte de alcanzar directamente el corazón de cualquier lector, puede cantarse, gritarse o llorarse, pero nunca nos dejará indiferentes:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.

Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!²²

22 GARFÍAS, Pedro, *Poesías Completas*, pp. 297-298.

Nada encarna mejor esa lejanía y proximidad, esa separación y unión entre México y España, durante la larga e inacabable dictadura franquista, y ha unido más a todos los demócratas españoles de ambas orillas del Atlántico que la figura y la poesía de Pedro Garfias. Ningún otro se recorrió el país de acogida de arriba abajo leyendo poemas, dando recitales, participando en tertulias por toda clase de plazas y foros. Su figura siempre estaba presente en los actos conmemorativos de los republicanos españoles, en las reuniones de los demócratas españoles y mexicanos. Nadie como Garfias ha encarnado la poesía de la derrota y del exilio. Allí alcanzó una gran popularidad y recibió justo reconocimiento tanto más merecido como insólito es su falta de correspondencia en su propio país una vez que, tras la muerte del dictador, pudo reconstruirse el tejido político y cultural propio de toda democracia,²³ salvadas sean las admirables excepciones.²⁴

Se tacha de poesía de “circunstancias” la de León Felipe... ¿Qué poesía, qué creación artística, no lo es de circunstancias? Es una poesía que llega directa al corazón de cualquier ser humano que sepa escucharse a sí mismo. Lo importante, como destacó Antonio Machado, es saber estar siempre a la altura de ellas, nunca por debajo ni por encima. Su poesía no busca “el verbo raro ni la palabra extraña”, son versos que no pueden cantarse con una voz engolada ni con falsos acentos a una comunidad patria que no se siente.²⁵

Como Garfias, León Felipe fue un poeta militante, épico en la contienda y lírico antes y después de ella, arrastrando siempre ambos el dolor por el desgarrar padecido, por la terrible amputación sufrida, que, en el caso de este, alcanza cotas manifiestamente descompuestas y blasfematorias. Así lo pone claramente de manifiesto en *El payaso de las bofetadas* (1938), en *El hacha* (1939) o en *El poeta prometeico* (1942), alcanzando en su frenético poema “Yo soy el gran blasfemo” una fuerza verdaderamente arrasadora como no creemos (yo al menos no conozco nada parecido) exista en la poesía española contemporánea. El poema va adquiriendo un ritmo trepidante y uniformemente acelerado para desembocar en su final de forma abrupta como el célebre bolero de Ravel:

23 Véase MORENO GÓMEZ, FRANCISCO, *Pedro Garfias, poeta del exilio español...*, pp. 5-7 y 27-38.

24 Como la que constituyen el mismo Francisco Moreno Gómez y otros especialistas, obviamente. Sin la espléndida obra de Francisco Moreno consagrada al poeta no puede hoy en día escribirse nada novedoso sobre él y su poesía.

25 Véase la Introducción de Jorge Campos en FELIPE, León, *Antología poética*, pp. 10-11.

(¡Ay del que se armó tan sólo
para defender su granero,
y no se armó para defender
el pan de todos primero!
¡Ay del que dice todavía:
nos proponemos conservar lo nuestro!)
Allí va el demagogo,
aquél es el banquero,
éstos son los cristianos
(que ahora se llaman los “cristeros”).
Y éste es el hombre de la mitra
la bestia de dos cuernos,
el que vendió las llaves...
el Gran Conserje Pedro...

¡Aquí van todos!
Y aquí voy yo con ellos.
Aquí voy yo también, yo, el hombre de la tralla,
el de los ojos sucios... el blasfemo.

Sí.
Ahora ya sin hogar y sin reino,
sin canción y sin salmo,
sin llaves y sin templo...
yo la llevo, yo llevo hoy la carroza,
yo la llevo.

Se va del salmo al llanto,
del llanto al grito,
del grito al veneno...
¡Arre! ¡Arre!
¡Y se gana la luz desde el infierno!²⁶

Se trata de un poema río de los más significativos de León Felipe que hay que enmarcar entre aquellos que menos le satisfacen de su producción a juzgar por sus propias palabras. Sin embargo, este, que leído entero ilumina muy bien ese tono blasfematorio e indignado del que habría de arrepentirse el poeta a favor de su producción más íntima y lírica, ciertamente magnífica, a mi juicio, no solo no conviene prescindir de ella sino que resulta especialmente significativa para comprender el firme compromiso del poeta con la causa republicana y, por ende, antifranquista.

26 FELIPE, León, *Obras Completas*, p. 285.

4. Memoria y olvido

Las secuelas del exilio forzado son imborrables en la memoria de las víctimas. Hay una evidencia que no podría negarse ni por los más decididos partidarios de pasar página incluso obviando la menor reparación en nombre del sacrosanto e intangible “borrón y cuenta nueva”, sin acabar de percibir que la única manera de que tal pretensión resulte fructífera es afrontando sin mayores dilaciones una reparación cuando menos moral para las víctimas, pues es de estricta justicia ya que un exiliado no es menos víctima que quienes fueron directamente represaliados. La dictadura fue implacable y a ello se ha referido con toda claridad Nicolás Sánchez-Albornoz en un libro personal pero no por ello menos lúcido. La dictadura...

... eligió excluir de la vida nacional a un sector numeroso de la población española mediante cárceles y exilios, exclusión que ha marcado la historia del país y de la que no parece todavía moralmente recuperada.²⁷

A los vencidos no solo se les privó de su propia patria, sino que la dictadura tuvo la pretensión de practicarles una ablación de su propia memoria decretando su expulsión de la historia. Como es lógico, la represión fue debilitándose a lo largo de la prolongada dictadura, pero “el trípode de cárcel, exilio y ejecución no desapareció hasta el final del régimen”, y, cuando se inició la transición hacia la democracia, aún había en el extranjero decenas de miles de exiliados a los que el régimen jamás tendió oficialmente la mano. Muchos regresaban por su cuenta y riesgo, pero la dictadura jamás se permitió en este sentido un acto oficial de verdadera reconciliación. “Sangre y figura hasta la sepultura”. El franquismo “nunca concibió una convivencia fraterna entre españoles, sin proscripciones políticas”.²⁸

En este contexto, la memoria y el olvido forman parte de una misma experiencia. La memoria impide el olvido, pero ¿cómo sería posible vivir sin memoria?

Además, algo que con frecuencia se olvida es que el retorno de muchos exiliados no fue siempre fácil para quienes lo buscaron y lo desearon (al mismo Nicolás Sánchez-Albornoz se lo negaron durante más de treinta años). La realidad es que el regreso no les resultó a muchos precisamente

27 SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, *Cárceles y exilios*, Anagrama, Barcelona, 2012, p. 309.

28 *Ibidem*, p. 310.

gratificante, sino más bien decepcionante. Muchos creyeron que serían recibidos como si el tiempo no hubiese dejado caer el amargo sabor del olvido en la memoria de las viejas y más jóvenes generaciones de españoles, por lo que se sintieron al volver a su propia casa tan desvalidos como muchos se habían sentido en el exilio.

Analizando las trayectorias de los escritores republicanos del exilio, fueran poetas, novelistas o intelectuales, es difícil no coincidir con una de nuestras más afamadas hispanistas cuando afirma que exilio y retorno son dos polos difícilmente convergentes.²⁹ La nostalgia fue el componente principal de estos hombres y mujeres, primero, refugiados republicanos y, después, exiliados españoles. Unos intentaron reintegrarse y fracasaron, como José Bergamín o Max Aub, que escribió al respecto un libro metáfora de la nueva España, incapaz de reconocer a todos sus hijos.³⁰ Incluso Rafael Alberti, que regresó de Roma y fue diputado en las Constituyentes, o Jorge Semprún, que lo hizo de París para convertirse en el ministro estrella de Cultura de Felipe González. Uno dimitió y el otro fue cesado. María Teresa León se quejaba de estar cansada y no saber dónde morirse; también los hubo que volvieron y se adaptaron mejor o peor a la realidad española (Manuel Andújar, Américo Castro, Juan Gil-Albert...).

Como bien concluye Bertrand de Muñoz:

[...] exilio y retorno son difíciles de casar felizmente; casi podríamos afirmar que, a pesar de todos los sentimientos de esperanza que abraza la idea del regreso durante el exilio, sobre todo si se prolonga casi indefinidamente como fue el de la guerra española del 36, los términos, además de antagónicos, a menudo se repelen.³¹

Adolfo Sánchez Vázquez expresó muy bien esa dificultad del regreso ante el hecho incuestionable de que el tiempo nunca transcurre en balde:

29 BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse, "Exilio y retorno: dos polos difícilmente convergentes", en *L'exili literari republicà* (edición a cargo de Manuel Fuentes y Paco Tovar), Publicacions de la URV, Tarragona, 2006, pp 19-28.

30 AUB, Max, *La gallina ciega*, Joaquín Mortiz, México, 1971.

31 BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse, opus cit., p. 25. Véanse también de la misma autora: "El exilio y el ansiado retorno en la novelística española de posguerra", *Hispania*, Madrid, mayo 1999, pp. 190-202; y *El regreso: tema candente de los exiliados*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 2000.

Y entonces el exiliado descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve jamás dejará de ser un exiliado. Puede volver, pero una nueva nostalgia y una nueva idealización se adueñan de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con el que soñó tantos años.³²

Siempre se idealiza la patria perdida y nunca deja de alimentarse el sueño del retorno en la falsa esperanza de que todo pueda volver a ser igual como si los hechos que propiciaron el exilio no se hubieran llegado nunca a producirse. Es como cuando se regresa a una patria que no es la misma que se recuerda y se fija en la memoria.

A este respecto dice Francisco Caudet:

El exilio es, sobre todo, la pérdida de la identidad, de la estabilidad, del sentido de la finalidad. El exilio tiende a causa de ello, a reconstruir y mitificar la memoria de lo perdido.³³

Por otro lado, como apunta el mismo Caudet, conviene no “edulcorar” el fenómeno del “trastierro” de los republicanos españoles en Latinoamérica ignorando la cruda realidad, “más terca que las falsas expectativas de muchos”. Y continúa:

Extraña que todavía existan muchos lugares comunes sobre este extremo. Porque pronto se comprobó, por ejemplo, que ni el habla común —ese tan socorrido tópico— unía tanto como se había creído en un principio, ni el encuentro de España con América fue tan natural y fluido como también se ha solido dar por sentado. La culpa hay que imputársela —si es que realmente se puede hablar de culpa— a los españoles. Porque su ignorancia de América, salvo contadas excepciones, era tan mayúscula como su complejo de superioridad intelectual y moral, rayano a menudo en la más torpe arrogancia.³⁴

Fueron múltiples los problemas que hubieron de afrontar los refugiados españoles en México desde el mismo instante de su arribada a tierras mexicanas. Constituían un colectivo humillado y dividido, y las dificul-

32 SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Recuerdos y reflexiones del exilio*, cit. en VV. AA., *El exilio español en la ciudad de México. Legado cultural*, opus cit., p. 243.

33 CAUDET, Francisco, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, Fundación Banco Exterior de España, Madrid, 192, p. 644.

34 CAUDET, Francisco, *El exilio republicano de 1939*, Cátedra, Madrid, 2005, pp. 400-401.

tades de mantener vivas las instituciones republicanas en México tras la llegada masiva de exiliados procedentes de Francia, y más después de la ocupación nazi, fueron enormes. Allí se instaló el GRE (Gobierno de la República en el exilio), que se encontraba desbordado.

Tras sus inicios, la fuerte personalidad de Indalecio Prieto dominaba el panorama político del exilio español. La pugna por la administración y el control de los bienes del famoso *Vita* (buque en el que se transportó a México todo lo incautado por la Caja General de Reparaciones por órdenes del jefe de Gobierno, Juan Negrín), el papel de la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles) y del SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles), así como los recurrentes enfrentamientos entre los diversos partidos y organizaciones republicanas no vinieron sino a poner de manifiesto que nada hay más disgregador, más autodestructivo, que el amargo sabor de la derrota.³⁵

Pronto quedó claro a los refugiados y exiliados republicanos españoles que les aguardaba una dura travesía del desierto y la percepción de que el regreso a la patria no solo no estaba próximo, sino que se dilataba en el tiempo y no cesaba de aumentar día tras día.³⁶

La principal característica del GRE desde sus inicios hasta su disolución fue la precariedad económica. Subsistió con extraordinarias dificultades gracias a su férrea austeridad y a las pequeñas subvenciones que recibió de los Gobiernos de Francia, México, Yugoslavia y Cuba tras la victoria de Fidel Castro. Ciertamente —como señala Sánchez Cervelló—, fracasó en su intento de restaurar la República, pero

sólo con la ingente labor de ayuda que realizaron en el campo asistencial su esfuerzo ya habría tenido sentido. Fue el GRE, además, el que de forma destacada atendió siempre a los mutilados del Ejército Popular de la República, fue también quien se preocupó por los exiliados en el Magreb cuando esos países alcanzaron la independencia. ¿Qué otra institución o gobierno lo hizo? ¿Quién se preocupó de que a los supervivientes de Mauthausen, o de los otros campos de exterminio, se les reconociese la dignidad herida? No fue el Gobierno usurpador, sino el GRE a pesar de la precariedad de sus medios y de los apoyos políticos. El monumento que recuerda en Mauthausen a los republicanos muertos se hizo con la colaboración del GRE, igual que las reiteradas gestiones para que los lugares de memoria del exilio no se destruyesen.³⁷

35 Véase al respecto: SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep, *La Segunda República en el exilio (1939-1977)*, Planeta, Barcelona, 2011.

36 *Ibidem*, pp. 119-159.

37 *Ibidem*, p. 450.

5. Consideraciones finales

Puede que algún joven lector de hoy quede sorprendido por estas historias de dolor, muerte y olvido si antes de ahora no había tenido sino vaga noticia de ellas. Hemos querido servirnos de Pedro Garfías y León Felipe por lo que sus figuras puedan tener de emblemáticas. Puede que, si se toma contacto por vez primera con los versos de estos dos gigantes de la poesía española contemporánea, se piense que son versos demasiado desmentados por el trauma de la Guerra Civil y el dolor del exilio. Los más jóvenes no han padecido ni de cerca ni de lejos nada parecido o puede que de tal suceso, tan familiarmente lejano, les quede ya apenas la idea de que estas “historias” son hijas de un simple anacronismo histórico que ya nada puede aportarles a su conocimiento del mundo y de sí mismos. Puede que así sea, pero se equivocarían de plano si no analizaran dicha poesía en su contexto y optaran por desconocer el resto de tan mirífica obra poética, que va mucho más allá de su primera condición de exiliados, rápidamente sustituida por la de transterrados.

Pedro Garfías murió prematura y humildemente a la edad de 66 años. Estaba enfermo, pero la verdadera causa de su muerte no fue otra que la misma de Antonio Machado y tantos otros, “fue una víctima más del franquismo, del exilio, de la soledad, del desarraigo y de la pérdida de España”, por más que los mexicanos le atendieran perfectamente.³⁸ Su figura carismática se alza magnífica y extraordinaria, destacando como uno de los poetas más brillantes de aquella excepcional generación del 27, tanto en su acción juglaresca de militante del pueblo por su libertad como por el conjunto de su obra poética, tan sugerente como imprevista.

La figura inmensa de León Felipe, el poeta prometeico, también se alza majestuosa junto con la de Pedro Garfías. León Felipe se recorrió toda América para dar testimonio de su época. Murió a la edad de 84 años, con tiempo suficiente, como Miguel de Unamuno, para revisarse muy críticamente, lo que no hace sino engrandecer aún más su figura. El poeta altitonante le escribía en 1959 a Camilo José Cela, entonces alma y director de la importante revista literaria *Papeles de Son Armadans*, en la que empezaron a publicar muchos autores de la derrota y del exilio, diciéndole, ante la demanda de Cela de que escribiera alguna reflexión sobre su poesía, que no servía para nada y se sentía muy viejo. Decía estar muy enfermo y tener que sostenerse con fármacos que le debilitaban y le mantenían como un

38 MORENO GÓMEZ, FRANCISCO, *Pedro Garfías, poeta del exilio español en México*, p. 39.

guiñapo, viendo ya muy cercano su final. Afirmaba allí que, salvo alguno de sus poemas que tienen aliento de plegaria, quemaría toda su poesía...

Estoy avergonzado de haber escrito la mayoría de mis versos. Casi todos no son más que actualidad. Al final creo que no he sido más que un reportero con un énfasis de energúmeno. He tenido una voz irritable, irritante y salvaje sin freno y sin medida, y sólo en algunos momentos he sabido rezar. La poesía no es más que oración.

Una oración fervorosa, piadosa y reposada de la que solo quedaría “una gotita de rocío diluida, perdida, anónima en el gran río de las canciones eternas...”³⁹

Esa es la gran verdad de la poesía, de la suya propia que dice aborrecer. Sin embargo, hasta la más blasfematoria se halla poseída de ese fervor religioso, casi místico, tronante sí, a veces y muy justificadamente, pues ¿qué es la blasfemia sino una imprecación directa al Dios Todopoderoso infinitamente justo y misericordioso que abandona a su suerte al hombre al que apenas le dejan conservar la fe pues le han arrebatado violentamente todo lo demás? León Felipe la tenía y si bramaba de indignación era contra los caballeros del hacha, contra los cruzados del rencor y del polvo, contra los obispos buhoneros que bendecían la masacre y le robaban a Dios... “¡Sólo los republicanos españoles no teníamos Dios!” gritaba henchido de justa indignación ante semejante usurpación hasta que, remansado, volvía a la plegaria que nunca abandonó.

Pedro Garfías y León Felipe son los más fieles exponentes de la conmovedora literatura del éxodo y del llanto. Exiliados forzosos, se transmutaron en transterrados voluntarios. Ambos son los más fieles exponentes del extremo dolor que provoca una guerra fratricida, pero, sobre todo, ambos fijaron con versos imperecederos el trágico destino que nos aguarda a todos los seres humanos y que el mismo León Felipe selló en México el 11 de abril de 1954 con palabras insuperables:

Pero en el mar amargo e infinito,
en la historia dolorosa del Hombre,
y en la canción eterna y anónima del Mundo,
habrá una gota perdida de mi llanto...
una lágrima mía.

39 Carta de León Felipe a Camilo José Cela fechada en México el 29 de abril de 1959, en *Obras Completas*, pp. 1034-1035.

Esta lágrima será mi cédula, mi pasaporte
Y mi carta de naturaleza...
de naturaleza divina e inmortal.
Por esta lágrima me conocerán ya siempre las
constelaciones y los dioses...
Y con esta cédula me abrirán las puertas, sin bisagras
ni cerrojos, del Mundo
por donde se entra a navegar en los espacios infinitos...

Bibliografía

- CAUDET, FRANCISCO, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992.
- *El exilio republicano de 1939*, Cátedra, Madrid, 2005.
- CORDERO OLIVERO, INMACULADA, *Los trasterrados y España: un exilio sin fin*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, Sevilla, 1997.
- FAGEN, PATRICIA, *Transterrados y ciudadanos*, FCE, México, 1975.
- FELIPE, LEÓN, *Antología rota* (epílogo por Guillermo de Torre), Losada, Buenos Aires, 1957.
- *Antología poética* (introducción de Jorge Campos, selección de Alejandro Finisterre), Alianza, Madrid, 1981.
- *Obras Completas* (edición ordenada por Adolfo Ballano Bueno y cuidada por Andrés Ramón Vázquez, prólogo de Guillermo de Torre), Losada, Buenos Aires, 1963.
- FUENTES, MANUEL Y TOVAR, PACO (eds.), *Lèxili literari republicà*, Publicacions URV, Tarragona, 2006.
- GAOS, JOSÉ, “Los transterrados españoles de la filosofía en México”, *Filosofía y Letras*, núm. 36, octubre-diciembre, México, 1949, pp. 207-231.
- “Confesiones de transterrado”, *Universidad de México*, núm. 521, junio, México, 1994, pp. 3-9.
- GARFIAS, PEDRO, *Poesías Completas* (edición de Francisco Moreno Gómez), Alpuerto, Madrid, 1996.
- HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, ASCENSIÓN, *España desde México, vida y testimonio de los Transterrados*, UNAM, México, 1978.
- MATEOS, ABDÓN Y SÁNCHEZ ANDRÉS, AGUSTÍN (eds.), *Ruptura y transición. España y México, 1939*, Eneida, Puntos de Vista, 23, Madrid, 2011.
- MORENO GÓMEZ, FRANCISCO, *Pedro Garfias, poeta de la vanguardia, de la guerra y del exilio*, Excma. Diputación de Córdoba, Córdoba, 1996.
- *Pedro Garfias, poeta del exilio español en México*, “Las dos orillas”, 6, Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2002.
- “Literatura, ficción o realidad”, Seminario Humanístico de Zafra, núm. 24, conferencia impartida en Zafra el 17 de mayo de 2002.
- PÉREZ GUERRERO, JUAN CARLOS, *La identidad del exilio republicano en México*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2008.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1992.

— *Cárceles y exilios*, Anagrama, Barcelona, 2012.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep, *La Segunda República en el exilio (1939-1977)*, Planeta, Barcelona, 2011.

VV. AA., *El exilio español en la ciudad de México. Legado cultural* (edición gráfica y coordinación de Abraham San Pedro), Gobierno de la Ciudad de México/Turner, Madrid/México D.F., 2011.

ALBERTO REIG TAPIA es catedrático y jefe de área de Ciencia Política y cofundador con el profesor Josep Sánchez Cervelló del Centro de Estudios sobre Conflictos Sociales (CECOS) de la URV. Ha sido investigador y profesor visitante en la Universidad de Harvard. Autor de una decena de libros y de más de medio centenar de monografías sobre los que ha dictado más de cien conferencias en diversas instituciones públicas y privadas.